

aún los jacobinos, inclinándose cada vez más á la República; los clubs en llamas; los periódicos hidrófobos, tan perturbados los salones por lealtades neuróticas, como las plazas por motines diarios; el teatro hecho campo de batallas continuas á los silbidos y á los aplausos encontrados; el clubista reinando; el aire de calumnias henchido; medrosos los corazones al recelo de la guerra y de la invasión, aún había lugar á la esperanza, que doraba con los arreboles de un rosado crepúsculo vespertino aquel inmenso aquelarre. Bien es verdad que lo creado en Mayo del ochenta y nueve iba entonces á cumplirse por Agosto y Septiembre del noventa y uno. La palabra dada, el juramento hecho en el Trinquete de Versalles, la promesa jurada de no separarse de los diputados sino después de haber concedido á Francia una Constitución, estaba en vísperas de realizarse. ¡Fatal momento! ¡Y se les ocurre á los realistas el suicidio llamado abstención! ¿Y cuándo, en qué hora, en cuál coyuntura? Cuando el Congreso asia por el cabello á los Reyes y al naufragio los preservaba, ya no podía preservarlos al cautiverio. El Congreso había querido que se abriese causa criminal sobre la fuga, y en el mismo instante proclamaba la inviolabilidad, la impecabilidad, la infabilidad del Rey. Éste, su esposa y familia eran los fautores del crimen, y los demás, coasociados á él ó cómplices, ó, á lo sumo, encubridores. Sin embargo, se abre contra éstos causa, y se decide que figurarán en esta causa los Reyes como testigos. Así, los testigos tienen probadísima la coartada, conviniendo todos en la misma declaración. Tanto el Rey como la Reina, dijeron que no habían huido de los diputados, sino de los calumniadores; que no habían querido el extrañamiento de Francia para concitar una guerra de conquista, sino el ingreso en una plaza de la frontera, Montmed, por ejemplo, desde cuyos fuertes convenir con el Congreso en una Constitución vividera y correspondiente al estado político de Francia. El Rey recibió esta comisión del Parlamento con humildad; la Reina con soberbia. No queriendo ésta dar su brazo á torcer, ni menos infligirse á sí misma un verdadero mentís, corroboró cuanto había dicho su esposo, como esposa fiel, añadiendo muy altiva que resuelta por voces de su conciencia é impulsos de su voluntad, observando sacratísimos deberes, á no separarse del Monarca ni en esta ni en la otra vida, juraba que le seguiría doquier la llevase. Si tenéis un dolor en el cuerpo, todo golpe fortuito cae sobre la parte dolorida; y como la dinastía tuviera su lado débil por la Reina, iban á dar contra la Reina todas las casualidades, aun las menos previstas y más inesperadas. Recibió el Rey á la comisión del Congreso en cuanto se presentara, y esto le valió aplausos; no pudo la Reina recibirla, y esto le valió una recrudescencia de los habituales vejámenes. Los Reyes quedaban salvos á este reconocimiento de su impecabilidad por el Congreso; mas el pueblo delirante por la igualdad humana, se había vuelto loco, viendo la excepción de los privilegios tras tantos sacrificios por el humano derecho.

De un lado y otro se decían y hacían las cosas más extravagantes contra las sendas y

respectivas causas del Monarca y del pueblo. El conde Fersen, por ejemplo, realista de temperamento y educación, decía que los caballos de la vieja eseolta real, restantes en París por aquellos días, no tomaban su pienso, no querían comer la noche tristísima del regreso de su Rey, cautivo y aterrado, de París á Varennes. En cambio, Camilo Desmoulin, que unía el verbo de Pericles al sarcasmo de Aristófanes, caricaturaba la persona del Rey, poniéndola en ridículo con éstas ó análogas palabras fingidas en sus labios á la llegada.—«¡Qué diablo de calor! Me abraso y ahogo. Hice un viaje á Indias. ¡Bonita excursión, bonita! Todo esto me trotaba de antiguo en la mollera. ¿Hice una tontería? Convenido. Mas hay que reparar las fuerzas. Tráiganme un pollo asado». Entra un doméstico á esta voz de mando, y el Rey exclama.—«Héte y héme aquí».—Le traen el succulento pollo. Y Luis XVI come con un apetito que hubiese honrado al Rey de Cuaña. Y luego, dirigiéndose Camilo al Congreso, exclama:—«Es necesario tener dignidad. Por nada en el mundo, señores diputados, debisteis hacer al Rey antesala y aguardar como viejos cortesanos versalleses, á que os concediera su audiencia, estando, borregos de rebaño, humildes y rendidos, en sus antecámaras. No debió haberse tolerado que un criminal se metiera en el baño á la llegada de sus jueces, idos allí para interrogarlo. No se debió tolerar que desde su bañera tirara de la campanilla para que los diputados entraran como si fueran mozos de baño. ¿Quién vió jamás los jueces yendo á inscribir sus nombres en el cuarto, donde habitan los conserjes de las prisiones públicas, para que se digne recibirlos en audiencia, demandada y pedida, el reo con objeto de interrogarlo?»—Todos estos escritos no podían hacer otra cosa que aumentar el impulso republicano impreso al pueblo parisién por la fuga increíble del Rey legítimo. Los hechos y las ideas se relacionan de manera muy lógica. Una idea suele quedarse allá en las cumbres intelectuales del espíritu; un hecho enseña más que cien lecciones la política tangible y experimental á los pueblos. La obra del partido constitucional quedaba quebrantadísima por dos hechos capitales: aquella fuga del Rey á las fronteras rompiendo su pacto con la Nación y aquel retraimiento de los realistas en el Congreso dejando la realeza sin escudo. Los que más al espíritu de concordia y transacción obedecían, menos pensaban en la posibilidad de volver hasta nueva inteligencia entre la corona y la nación. Aquélla, la corona, por su repugnancia invencible á estar dentro de las leyes constitucionales, había quedado fuera de la ley común. En la extrema derecha de su partido se consagraba un recuerdo á los emigrados; pero ningún acto de verdadera devoción á los Reyes. El retraimiento de los realistas fué una verdadera traición á sus soberanos. Al retirar del Congreso dejaron á sus enemigos libre y franco, sin pelear ellos, el campo de batalla. Únicamente podían entonces creerse verdaderos monárquicos aquellos que lo eran del momento, los conversos á la realeza en esta hora de sus conquistas supremas, obedeciendo más á un sentimiento de generosidad que á una profunda convicción del espíritu y á una voluntad interna del ánimo. Los que desde las alboradas del período revo-

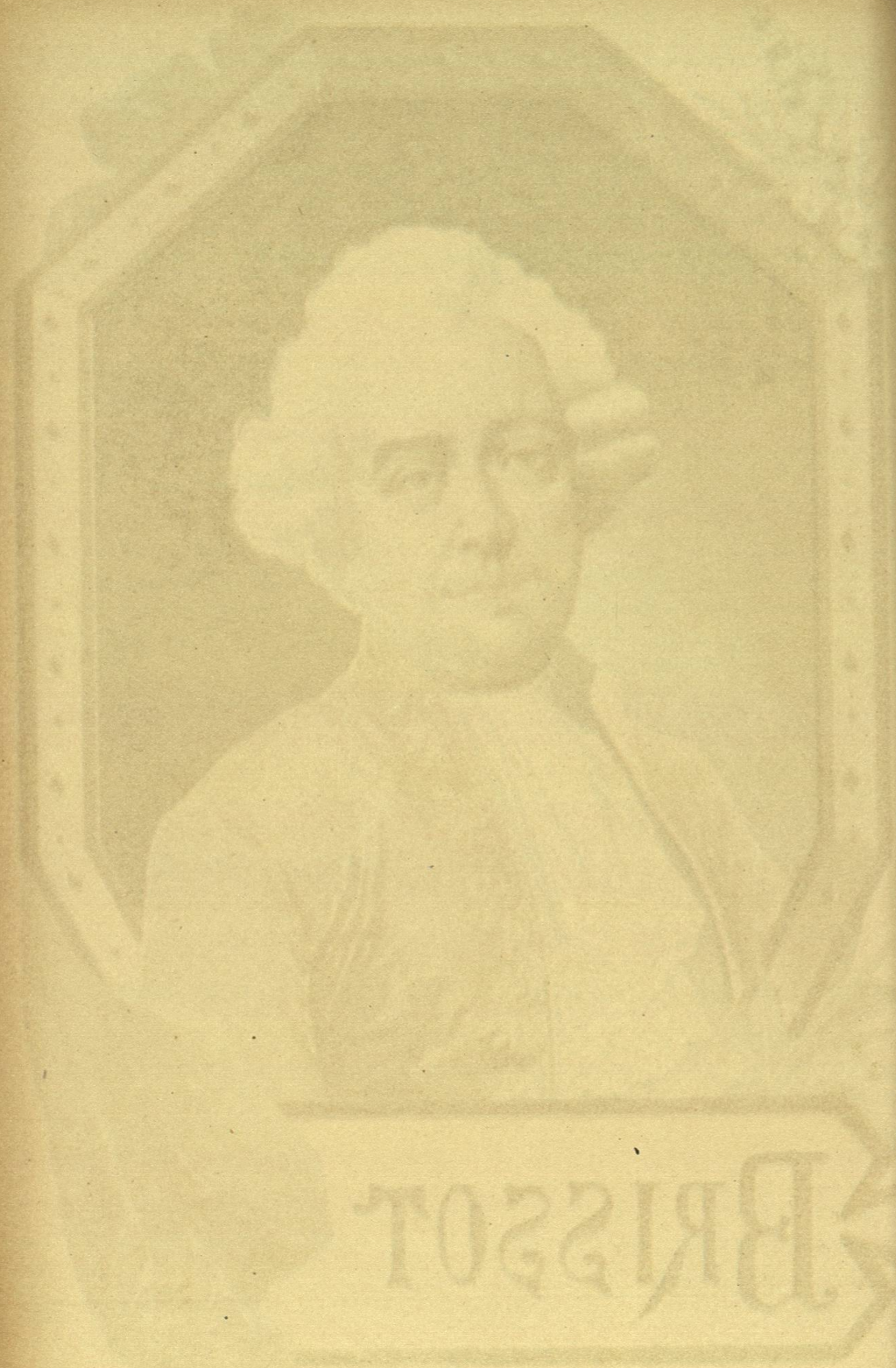
lucionario pensaron en una transacción de los tiempos antiguos con los tiempos modernos, por medio de un Rey constitucional, quien tuviese para lo antiguo su carácter de Monarca y para lo moderno su dependencia de la Constitución, hubiéranse atendido á la regencia del duque de Orleans, que podía ser de Luis XVII regente, como su antepasado lo fuera de Luis XV; pero el renombre adquirido por tan odiado magnate, opúsose con fuerza incontrastable á toda buena combinación de tal género. Así la idea republicana iba poco á poco surgiendo para formar un haz fuerte ante losmonárquicos fraccionados en partidarios devotos del Rey Luis XVI; partidarios de una indeclinable abdicación de este último en su Del-fin, elevado á Luis XVII, y dirigido por una regencia, nombrada en el Congreso Constituyente; partidarios de Felipe Orleans para regente; partidarios de Felipe Orleans para Rey; partidarios de un destronamiento del Rey legítimo y de una sustitución por sus hermanos, ya fuera el Artois, ya el Provenza, resueltos por la restauración del antiguo régimen y dados á lo que deseaba con más fervor la intransigencia monárquica de suyo, á formar la coalición de los Reyes absolutos; á mover esa coalición por el Este y por el Oeste de las fronteras nacionales; á tratar una guerra con los revolucionarios que no juzgaban ellos verdaderos franceses, sino verdaderos diablos; á destruir todo cuanto había hecho el Concilio de los Estados Generales convertido en horrible conciliábulo: á restaurar el castillo feudal con sus torres del homenaje, la Inquisición y sus llamas purificadoras de la herejía, el tormento y sus potros restituyendo al principio monárquico la vieja corona y remachando en las manos de los esclavos el hierro y las cadenas.

La vida social se parece al Océano de suyo; no puede permanecer inmóvil. Un sistema de ideas en la sociedad, sustituye á otro sistema de ideas, como una estación sustituye á otra estación en el tiempo. Desde que Luis XVI se había fugado, la idea republicana, jamás antes en ningún entendimiento surgida como aspiración inmediata, venía por su propio esfuerzo á la realidad, llenando un vacío y respondiendo á inconscientes pero imperiosas exigencias. Imposible permanecer en la negación. Sin embargo, el extraño Robespierre, desconocido casi hasta el momento de la regia fuga, poco escuchado á causa de su frialdad, se levantó en el Congreso y propuso la destitución del Monarca, sin decir quién ó qué debía sustituirlo. Más activo y de mayor empuje Danton, proponía en las sesiones de los jacobinos, llenándolas con su tonante voz, que el individuo declarado Rey de los franceses, fuese reconocido ya criminal, ó ya imbécil; que debiendo entre ambos extremos resolverse, debía prescindirse del calificativo de criminal y aplicarse tan sólo el calificativo de imbécil; mas imposible continuase un imbécil reinando. Nada de regencia, decía después, nada de regencia; un cuerpo y consejo de interdicto, hecho por los departamentos. Bonneville, una especie de iluminado, fué quien, sobrepujando en fe á Robespierre, tan creyente, y en valor á Danton, tan audaz, propuso por vez primera la República. Según él, Francia fué una pirámide, que tuvo el pueblo por base y el Rey por cúspide. Habiéndola

CAPILLA ALFONSIANA  
BIBLIOTECAS UNIVERSITARIA  
D. A. N. VI



CAPILLA ALFONCINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. E. I



vuelto del revés, pidesele un imposible, que se sostenga como antes. No podía coseguirse, invertida la pirámide, fuera su base la punta, el trono, y su punta la base, el pueblo. Payne, uno de aquellos peregrinos cosmopolitas, errantes y nómadas por el planeta, yendo de América y sus revoluciones á la revolución francesa, porque su espíritu gustaba del estruendo de las ideas tormentosas, Payne, daba cien fórmulas á la naciente aspiración republicana. Así redactó este formulario dirigido al Congreso: «Es un desertor el Rey; el pueblo, por tanto, nunca podrá concederle su confianza, nunca; si la resolución de su fuga terrible hala tomado por propios impulsos, imbécil; si hala tomado por impulsos extraños, traidor; así hase desasido él de nosotros y nosotros nos hemos desasido de él; y como corolario nada de un gobierno, en cuyos incidentes puede recaer la jefatura del Estado sobre cualquier perverso, venido á la vida con una superioridad social y política sobre nosotros, no sancionada, ni mucho menos impuesta, por la madre Naturaleza.» Brissot recogió cuantas ideas de tal género había en los aires y las condensó en su periódico. Siendo, durante tal período, la voluntad y la resolución en persona volviase airado contra todo indiferente y contra todos los que oponían algún género de resistencia firme á la República, siquier fuese la resistencia pasiva del silencio. Tomando el progreso interior de la idea republicana en su cerebro por el progreso exterior en la sociedad, exclamaba, todos estos días de Junio y Julio del noventa y uno, que la República, como toda verdad, marchaba en el ánimo nacional á pasos de gigante. Pero sus mayores y ruidosos ataques eran dirigidos á una ficción, entonces tan desvanecida, como la ficción del Monarca inviolable. Hablando, no sólo de la posibilidad natural de que falte y yerre y peque un Rey como soberano en política, de que falte y yerre y peque también como particular contra el derecho civil y penal, preguntaba si dejarían los franceses en el trono un Monarca rebelde á las leyes, y en su casa un Monarca falsificador, incendiario, asesino. Mas el apostolado de esta clase, que mayor boga consiguió y mayor impresión hizo, fué sin duda el apostolado emprendido por el filósofo Condorcet, en cuya persona se reunía con la ciencia profunda la virtud severa de los antiguos estoicos. No estaba en su temperamento y en su espíritu el propósito de un ciclópeo combate con la monarquía, como los que sustentaban tribunos de la fuerza, reconocida por todos, en el sublime y hercúleo Danton; pero desde los espacios de salones cómodos, cercado por un auditorio selecto, comenzó á insinuar sus preferencias por las formas republicanas. El salón aristocrático, donde había llevado las primicias de su pensamiento, si quiso muy bien oírle por los encantos de su alta ciencia, no quiso, no, acompañarle á su nueva política; y Condorcet, abandonado de los suyos, la predicó en el círculo social, donde le oían y le aclamaban oyentes más numerosos y resueltos, que los oyentes de salón. Y, así, pudo formular estos apotegmas: primero, que la necesidad supuesta de un Rey, no existía doquier los poderes públicos se hallaban perfectamente organizados; segundo, que la libertad del pensamiento bastaba para impedir toda retrogra-